

GUERRERO

EL ESPAÑOL QUE QUISO SER MAYA



JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

GUERRERO

EL ESPAÑOL QUE QUISO SER MAYA

algaida

Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Primera edición: 2023

© José Ángel Mañas, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-824-5

Depósito legal: SE. 15-2023

Impreso en España-Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ellos tenían la sabiduría, lo santo, no había maldad en ellos. Había salud, devoción, no había enfermedad, dolor de huesos, fiebre o viruela, ni dolor de pecho ni de vientre. Andaban con el cuerpo erguido. Pero vinieron los dzules y todo lo deshicieron. Enseñaron el temor, marchitaron las flores, chuparon hasta matar la flor de los otros porque viviese la suya. Mataron la flor de Nacxit Xuchitl. Ya no había sacerdotes que nos enseñaran. Y así se asentó el segundo tiempo, comenzó a señorear, y fue la causa de nuestra muerte. Sin sacerdotes, sin sabiduría, sin valor ni vergüenza, todos iguales. No había gran sabiduría, ni palabra ni enseñanza de los señores. No servían los dioses que llegaron aquí. ¡Los dzules solo habían venido a castrar al Sol! Y sus hijos quedaron entre nosotros, que solo recibimos su amargura.

Libros de Chilam Balam

EL TRECE DE ENERO DEL AÑO DEL SEÑOR 1512, LOS españoles que se congregaron en torno al encalladero de Santa María de la Antigua del Darién —apenas un puñado de miserables cabañas rodeadas de selva—, en lo que ya era llamado golfo de Urabá, pudieron ver partir a primera hora de la madrugada la nao Santa María de la Barca, que había pertenecido al gobernador de Veragua, el desafortunado Diego de Nicuesa.

El capitán de aquella nave, con sus cuarenta marineros al cargo, Juan de Valdivia, tenía encomendada la delicada misión de convencer al virrey de La Española y almirante de Indias, don Diego de Colón, de que Vasco Núñez de Balboa, el cual en 1509 había salido de La Española embarcado como polizón en la expedición de Martín Fernández de Enciso y quien tras múltiples peripecias, y desafiando la autoridad del de Enciso, consiguió hacerse con el gobierno de la recién fundada Santa María de la

Antigua, había tenido escasa responsabilidad en las luchas fratricidas de poder en el Darién que tras un par de años de conflictos concluyeron con la desaparición del dicho gobernador, Diego de Nicuesa.

A Diego de Nicuesa, cuando llegó a La Antigua para hacerse cargo de su gobierno, los colonos, temiendo que los despojase de su oro y repartimientos, le obligaron a hacerse de nuevo a la mar en condiciones precarias, sin que nunca se hubiera vuelto a saber nada de él.

Desde entonces, la autoridad de Núñez de Balboa era aceptada por todos. Hasta por los antiguos oficiales de Nicuesa. Y, como prueba de su buen hacer, el capitán Juan de Valdivia, hombre de confianza de Balboa, portaba consigo cartas de personalidades principales de la colonia, así como quince mil pesos en oro fundido proveniente de las joyas incautadas a los indios de la región y una misiva en la que Balboa anunciaba que los caciques de la zona le hablaban de un inmenso mar hacia el occidente en cuyas orillas meridionales existía un gigantesco y misterioso imperio que él mismo estaba dispuesto a descubrir y conquistar. Eso y el oro, pensaban, bastaría para garantizar el apoyo del virrey.

—No podemos perder más tiempo. Habéis de partir de inmediato —le dijo Balboa a Valdivia, la víspera, antes de retirarse cada cual a su choza.

Y cuando ya alboreaba hacia el levante, al otro lado de la bahía, y se posaron en las aguas del golfo los primeros rayos de sol, aquella nao, perteneciente a la flota de

Nicuesa, comenzó a alejarse del precario puerto, y sus tripulantes, que la abordaron desde las canoas en plena noche, desplegaron las velas.

AMANECIÓ UN DÍA HERMOSO. El primer trecho de navegación a través del golfo y luego mar adentro, una vez perdieron de vista la costa, dejando atrás las gaviotas, no pudo ser más apacible. El piloto, Jerónimo Saavedra, y el capitán Valdivia respiraron aliviados, aunque ni el uno ni el otro se sentían excesivamente tranquilos. Y con razón, puesto que apenas arrancó la segunda jornada las tornas cambiaron y a eso del mediodía sobrevino un violento temporal que mantuvo aterrorizados a los esclavos indios que llevaban en la bodega de la nave y que, con cánticos incesantes, se encomendaron al dios de la lluvia.

—¡Guerrero!, ¡haced algo para acallar a esos indios, en el nombre de Dios! ¡No puedo soportar más cánticos! —le ordenó el capitán Valdivia a Gonzalo Guerrero, oficial de esclavos a bordo.

—Poco o nada puedo hacer para acallarlos, capitán. Bien se lo advertí a don Vasco, que no debíamos hacernos a la mar con los vientos que nos estaban llegando —contestó Guerrero—. Pero, claro, soy un simple oficial. Ahora no cabe hacer sino lo que esos indígenas del demonio. ¡Rezar!

Durante no uno, sino siete días, el viento y la lluvia arreciaron, y aquel temporal agotador llevó a la embarcación a la deriva entre oscuras cimas de una mar enfurecida. La pesadilla continuó hasta que, al atardecer del octavo día, ya alcanzado el cabo de Víboras jamaicano —la ubicación exacta del naufragio solo se supo años más tarde—, la nao se acercó a la costa, su quilla golpeó contra un fondo rocoso y quedó escorada sobre la banda de estribor, con el palo mayor roto, las velas desgarradas.

Para entonces las olas que barrieron la cubierta durante aquellos interminables días habían arrastrado al mar a dos marineros y con el agua inundando la bodega, donde seguían encadenados los indios, no hubo más remedio que soltar el batel que quedaba en cubierta y embarcarse en él cuantos pudieron. La mayoría de los naufragos alcanzó a nado el precario bote que armado con sus pobres aparejos fue tragado por la misma niebla espesa que hizo desaparecer a sus espaldas la nao naufragada. La nave crujía, mientras se desfondaba entre los gritos de los indios, y empezó a hundirse con el oro del rey y los esclavos en la bodega.

Veinte fueron los supervivientes, contando dos mujeres. Sin agua ni alimentos fueron arrastrados mar aden-

tro por las corrientes, aunque no sin antes golpear con algunas rocas malamente visibles en la bruma que, con sus bordes como cuchillos, consiguieron perforar el casco de la embarcación.

—¡Hay que taponar esos agujeros! ¡Utilizad vuestras ropas! —gritó Valdivia.

A la mañana siguiente, el temporal amainó. El viento cesó. El mar se aquietó. El sol cayó a plomo sobre los náufragos, y empezó el tormento de la sed.

Comenzaba a caer la tarde cuando el mar se levantó ante ellos y un marinero al que llamaban Ángel de la Santa Cruz cayó al agua: antes de que nadie pudiera hacer nada por él unos tiburones que empezaban a seguir el batel se abalanzaron sobre él y con un fuerte chapoteo lo arrastraron al fondo: quedó detrás un rastro de sangre.

Dos días después, otro marinero, Juan Sánchez de Albornoz, que parecía dormir acurrucado en la borda junto a los remos, la cabeza entre los brazos, la cara apoyada en las rodillas, resultó estar muerto: andaba ya tieso y agarrotado cuando lo descubrieron. Así lo tiraron al agua, donde se hundió lentamente. Ese mismo día, Jerónimo de Aguilar, quien fuera diácono en Écija, delirante a causa de la insolación y la sed, volvió su espada contra sí mismo, y se la hubiera clavado en el pecho de no impedirlo Gonzalo Guerrero.

Permanecieron casi dos semanas sumidos en el tormento de un sol abrasador y una sed que quemaba las entrañas, asidos como podían a la vida, sobre una embar-

cación que era cada vez más cuatro maderos a punto de divorciarse, suplicando a Dios que les enviase la lluvia, bebiéndose sus propios orines.

A merced de las corrientes caribeñas, varios hombres más murieron de insolación y sed: sus cuerpos fueron arrojados al agua, mientras que, para escapar de la locura, Saavedra, el piloto, les habló de las estrellas y procuró aliviar las penurias a aquellos que luchaban por no perecer. El mar se mostró inclemente.

Por fin, cayendo la noche del día decimotercero de travesía, vieron unas gaviotas sobrevolarles. Y luego una gran mancha en el horizonte: alguno pensó que eran nubes. Casi de madrugada se levantó un viento fuerte de sotavento y al amanecer, con una atmósfera límpida, quedó claro que lo que veían no era ningún espejismo, sino la línea de costa de una tierra desconocida.

—¡Por Dios bendito! ¡Milagro! ¡Milagro!

—¡Tierra! ¡Tierra!

Todos cogieron los tablones que les servían de remos y no tardaron en alcanzar la playa. Allí, entre rezos y llantos, cayeron desmayados en la arena. Pero poco duró su reposo, puesto que, en nada, los agotados supervivientes hubieron de buscar agua y alimento para sus desnutridos cuerpos.

No les fue difícil: pronto saciaron su sed con el agua de los cocos caídos de las palmeras que bordeaban la playa. Y ya reanimados, se dirigieron a las rocas cercanas en busca de moluscos o cualquier cosa que llevarse a la boca.

Los frutos violáceos de la uva de mar, y tres tortugas marinas que se dirigían trabajosamente hacia el agua, fueron la principal presa de sus ansias.

Junto a la hoguera, las conchas de las tortugas medio quemadas se cubrieron de moscas que, de tan numerosas, hacían vibrar el aire. Casi pareció que fueran las tortugas las que se movían como si estuviesen vivas. Y, para contrastar, entre la vegetación que bordeaba la playa había un árbol cubierto de ibis blancos hasta las ramas de la copa. Su fronda era un marco verde para el plumaje nevado de las aves que escaparon a vuelo en cuanto se acercaron.

—Lástima no tener un arco... —murmuró Guerrero.